

sacristía, vasta y hermosísima sala cuyas paredes ostentan hasta 57 cuadros de los más célebres pintores. Allí está el Bautismo de Jesucristo, por Güido Reni; la Adoración de los Magos, de Sabbattini; el San Francisco, de Tintoreto; Jesús con la cruz á cuestas, por Bassano; la Virgen con el niño Jesús y San Juan, por Rafael; unos retratos del Spagnoletto pintados por él mismo; la Huida á Egipto, por Güido Reni..... Es una bella galería de soberbios cuadros, que no se cansa de admirar el viajero.

Y todavía hay en San Felipe Neri otros objetos de arte que dejan absorto al visitante. En la capilla de la Natividad una colección de estatuas de santos por el Bernini; en la de San Francisco, el cuadro del santo, calificado como la obra mejor acabada de Güido Reni; en la de Santa Inés el que representa á la misma santa, pintado por Pomarancio.



CAPÍTULO DÉCIMOTERCIO.

La Catedral de San Genaro.—La liquefacción de la sangre del santo.—El milagro.— Descripción del templo.—La Cartuja de San Martín.—El museo.—El gran Claustro.—La iglesia. —San Telmo.

YA era tiempo de encaminarse á la más bella y majestuosa de las iglesias de Nápoles, la Catedral de San Genaro. El Sr. Cura Icaza nos invitó á que fuésemos á presenciar el milagro de la liquefacción de la sangre del santo, que se obra tres veces al año, el primer sábado de Mayo, el 19 de Setiembre y el 16 de Diciembre, y se renueva durante los ocho días que siguen á los expresados. Estábamos en la octava del primero y diariamente se llenaba el vasto recinto del templo con los devotos napolitanos que acuden á venerar la reliquia, con los curiosos que van á presenciar este sobrenatural fenómeno y con los incrédulos que no dejan de ir para cerciorarse de si realmente se obra en los tiempos actuales un verdadero milagro.

Desde la víspera el padre Icaza en un círculo de peregrinos refería entusiasmado todos los detalles del portentoso suceso. Uno de los presentes en son de broma le decía:

—Pero, Padre, ¿usted cree que se verifica realmente la liquefacción?

—Sí, señor, contestaba el interpelado. Lo creo sin haberlo visto aún; porque lo atestiguan millones de católicos, protestantes y hasta indiferentistas que lo han presenciado. Lo creo, porque lo afirman escritores ilustrados de diversas

creencias religiosas. Lo creo, en fin, porque estoy en medio de una población de más de medio millón de habitantes que tres veces al año son testigos de este prodigio extraordinario. Por lo demás, mañana tengo que verlo con mis propios ojos y no dudo que lo veré como lo han visto tantos otros, y confirmaré la creencia en que he estado de que el milagro es una realidad.

—Me permitirá usted, Padre, insistía el peregrino, que dude sobre la repetición de ese hecho que vd. cree tan bien averiguado. ¿Qué podría mover la voluntad de Dios á permitir que se obrase un prodigio de esa clase con las intermitencias que se asegura, cuando parecía más razonable que la sangre permaneciese líquida?

—Señor mío, nosotros no debemos atrevernos á penetrar en los altos designios de Dios. Sabemos por la Fe que el Autor de la naturaleza puede hacer que se verifiquen sucesos sobrenaturales; sabemos por la historia que los ha obrado ó permitido, en todas las edades del mundo, y con esto nos basta, para no dudar que el milagro que tan frecuentemente está presenciando Nápoles de mucho tiempo atrás, es verdadero. Ahora, el que no sea continuado se puede explicar muy satisfactoriamente en la alta sabiduría de Dios, para mayor ostentación de su poder. Si la sangre permaneciese líquida constantemente, los sabios del mundo pretenderían descubrir una causa natural en la existencia del fenómeno; mientras que verificándose éste solamente en ciertas fechas que tienen relación con los hechos más notables de la vida del Siervo de Dios, no podrían explicarlo naturalmente y tendrían que reconocerlo todos como una cosa sobrenatural. Por otra parte, ¿puede creerse que tantos sacerdotes, tantos prelados de la Iglesia que han tenido bajo su custodia la insigne reliquia, han podido ponerse de acuerdo para engañar con una criminal superchería á todo un pueblo en el cual si la mayoría es creyente, no han faltado incrédulos que tendrían complacencia en descubrir el fraude, para poner en evidencia á sus autores? Convengamos, pues, en que el milagro de la liquefacción, siendo un fenómeno que cae bajo

los sentidos y que lo han presenciado infinito número de personas, no puede ponerse en duda.

No era fácil replicar á tan sólidos argumentos, y el de la broma, no pudo continuar sosteniéndola.

—Mañana iremos, Padrecito, y veremos lo que hay de cierto en este extraño fenómeno; dijo, para terminar la disputa.

A las nueve de la mañana, acompañados del Padre Icaza, llegábamos á la soberbia Catedral de San Genaro. Un inmenso concurso llenaba su extensión, apiñándose principalmente en la capilla nombrada del Tesoro, en donde estaba obrándose la liquefacción de la sangre. Con gran trabajo, y merced al auxilio que nos prestaron los gendarmes, que dicho sea de paso, se muestran muy officiosos en Italia en favor de los extranjeros, pudimos llegar hasta la balaustrada, en donde un prelado de la Iglesia estaba mostrando al pueblo y daba á besar la reliquia. Los circunstantes lloraban y cantaban alabanzas al Santo Patrono de Nápoles. El Padre Icaza logró penetrar dentro de la barandilla: nosotros nos quedamos afuera, resistiendo los empujones y el impulso de la muchedumbre. Pocos minutos transecurrieron y llegó á donde estábamos el alto dignatario que conducía la reliquia. Mostrónos detenidamente el líquido de color rojo, encerrado en un frasco de cristal como de diez centímetros de largo por tres de ancho, curiosamente engastado en una especie de candelero de plata cincelada. Agitó el líquido en nuestra presencia, y después, haciendo la señal de la cruz, puso el frasco sobre nuestra cabeza y nos lo acercó en seguida á los labios. A pocos momentos el Padre Icaza arrodillado cerca de la escalinata del presbiterio veneraba la reliquia, examinando con escrupulosa mirada el interior del frasco, y con singular devoción besaba el exterior de sus paredes. Una lágrima de ternura vimos rodar por sus mejillas. Al salir de la capilla reunióse con nosotros y poseído de fervor religioso díjonos entusiasmado:

—Ya no tenemos más que ver, amigo mío; hemos presenciado un milagro; un milagro estupendo. ¿Y habrá quien dude todavía de la divinidad de nuestra Religión cuando está

confirmada con prodigios sobrenaturales como el que acabamos de atestiguar? Vámonos.

—Pero, Padre, ¿cómo nos hemos de ir si no hemos visitado todavía San Genaro? ¿Le parece á usted que este magnífico templo no merece que nos detengamos un buen rato admirando las bellezas que contiene?

—Es verdad, no había parado en ello la atención. Me tenía de tal manera absorto el milagro, que no me había fijado en que estamos dentro de la iglesia más rica y majestuosa de la opulenta Nápoles. Comenzaremos á ver el templo principal, mientras se desocupa la capilla en donde hay mucho que ver, según se me ha informado. Saldremos un rato á tomar el fresco para principiar nuestra visita desde la fachada.

La Catedral de San Genaro fué edificada en el sitio en que existieron dos templos paganos, uno consagrado á Apolo y otro á Neptuno. Su fundación se atribuye á Carlos I de Anjou y á su hijo Carlos II, bajo la dirección de Masuccio I. Destruída en 1456 por un terremoto, fué reconstruida por Alfonso I de Aragón. La fachada está siendo restaurada en la actualidad á expensas de la piedad napolitana: va muy avanzada la construcción de dos elegantísimas torres imitando el estilo primitivo. El Ayuntamiento de la ciudad para embellecer más el exterior de la iglesia hizo demoler las casas que existían á los lados y mandó sustituirlas con dos elegantes edificios de igual forma y perfectamente simétricos, que ayudan poderosamente á dar un hermoso aspecto á la plaza en cuyo centro se levanta el gigantesco monumento consagrado al culto del Patrón de Nápoles.

El interior de la Catedral tiene la forma de una cruz latina. El cardenal arzobispo Inigo Caracciolo, en 1667 había hecho cubrir con estuco las hermosas columnas de granito oriental; pero otro Caracciolo en 1837 hizo que volvieran á su estado primitivo. Este mismo prelado embelleció la nave principal y las laterales y el crucero tal como ahora se encuentran. El artesonado de la techumbre es una obra clásica del siglo XVII y está decorado con cinco grandes pinturas de

raro mérito artístico. Los Apóstoles y los Doctores de la Iglesia que decoran las paredes en la parte superior de los arcos de la nave central, son de Luca Giordano, excepto San Cirilo y San Juan Crisóstomo, que fueron pintados por Solimena. Arriba de la puerta principal, se hallan los sepulcros de Carlos I de Anjou, de Carlos Martel, rey de Hungría, y de Clemencia su mujer. Sobre las puertas laterales hay dos cuadros del célebre Vasari, cuyas figuras representan personajes de la casa Farnesio; se asegura que el de la Natividad, la Virgen es el retrato de la sobrina de Paulo III, y este mismo Pontífice se reconoce en un San Francisco Javier, que se ve á la izquierda en un grupo de varios santos. En el crucero de la iglesia, á la derecha, excitan la admiración las magníficas tumbas y retratos de cardenales y de otros hombres eminentes, y sobre todos, el soberbio de estilo gótico que encierra las cenizas del Cardenal Enrique Minutolo, muerto en 1412. Son notables también un San Gerónimo de Giotto y las pinturas que decoran un altar portátil, atribuidas al mismo autor. En el lado izquierdo, llaman la atención un Cristo entre San Javier y San Atanasio, pintura bizantina del siglo XVIII, los frescos de la vida de San Atanasio y de un San Jorge á caballo, el monumento del Papa Inocencio IV, muerto en 1254, y la tumba del desgraciado rey Andrés de Hungría, estrangulado á la edad de 19 años por su mujer Juana I de Nápoles.

El altar mayor es una obra magnífica ejecutada por los hermanos Bracci, romanos, quienes modelaron también la gran escultura de la Asunción de la Virgen, que está arriba. En las paredes laterales hay dos muy buenos cuadros de gran tamaño; el de la derecha representa la traslación de los cuerpos de los santos Eutiquio y Acurio en tiempo de Esteban II, y el de la izquierda, la milagrosa derrota y expulsión de los vándalos de Nápoles. Aquel fué pintado por Corradi, éste es obra de del Pozzi, quien también ejecutó los frescos de la bóveda.

Cerca del altar mayor se descubre una escalera de mármol por donde se descende á la soberbia capilla de la familia

Carafa d'Andria, que se llama también "La Confesión de San Genaro." Allí descansan los restos del santo. Cierran la entrada de esta capilla unas magníficas puertas de bronce con primorosos bajo-relieves. La espléndida techumbre de mármol con bajo-relieves de un trabajo exquisito descansa sobre diez columnas de orden jónico bien talladas. En los intercolumnios hay doce nichos con altares ricamente decorados con tal primor de arabescos y esculturas, que solamente son comparables á los de las famosas logias de Rafael en el Vaticano. Debajo del altar mayor está el sepulcro de San Genaro, y delante de él, una bella estatua de Oliverio Carafa, arrodillado, denuncia el cincel de Miguel Angel, que la ejecutó. En el primer altar á la derecha se admira una Virgen pintada por el *Domenichino*.

Despejada ya del inmenso gentío la Capilla del Tesoro de San Genaro, entramos á visitarla. Llámase así por la gran cantidad de alhajas, de estatuas, bustos y otros objetos de preciosos metales que encierra. Por los años de 1526 y 1527, en que la epidemia causó espantosos estragos en el pueblo napolitano, hizo éste el voto de edificar una gran capilla á su Patrono; pero no pudo comenzarse la construcción hasta 1608 bajo los planos que levantó el teatino Grimaldi. Su costo fué de cerca de un millón de pesos. Esta capilla, rica en mármoles y en soberbias decoraciones, tiene la forma de una cruz griega: contiene siete altares con 19 estatuas en bronce, de tamaño natural y 45 bustos de plata representando á los Santos protectores. El altar mayor es de pórfido artísticamente decorado con relieves en plata y bronce dorado: la mesa se ve cubierta en la parte delantera por un bajo-relieve de plata, que representa la traslación de las reliquias de San Genaro de Montevergine á Nápoles, efectuada en 1497 por el Cardenal C. Carafa, á quien se ve á caballo conduciendo el sagrado depósito. El autor de esta obra maestra de orfebrería, G. Vinaccia, está representado allí en un hombre con anteojos que se halla colocado detrás del Cardenal. Al lado derecho del altar se admira el busto de San Genaro en plata y oro, que Carlos II hizo ejecutar en 1306, cubierto li-

teralmente de alhajas ofrecidas por muchos soberanos. Tiene dos pectorales riquísimos, uno de diamantes y zafiros regalado por la reina Carolina, y otro de brillantes y esmeraldas, obsequio de José Bonaparte. La mitra colocada sobre la cabeza del busto se ve adornada con multitud de piedras preciosas de varias clases, hasta el número de 3,600. Es en verdad deslumbrante la riqueza de joyas que adornan este venerable monumento de la piedad de los napolitanos. Y no se sabe qué admirar más, si el valor fabuloso de este magnífico tesoro, ó el singular fenómeno de haberse conservado á través de los años y de los siglos, sin que la codicia de los gobiernos haya puesto la mano sobre un tesoro de tanto precio. Si no se tuviese otra prueba de la verdadera devoción de los napolitanos á su insigne Patrono, bastaría esta sola para evidenciarla.

Pero si grande é incalculable es la riqueza de las joyas que guarda la capilla en plata, en oro y en pedrería, no es menor la que encierra en pinturas. Con decir que el *Domenichino*, el *Spagnoletto* y *Lanfranc*, han dejado allí sus mejores obras, dicho está que el tesoro de San Genaro es acaso uno de los más valiosos del mundo. No intentaremos describir esos magníficos cuadros: haremos mención solamente de una circunstancia que hace inestimables á los que se hallan en cinco de los altares principales y son obra del primero de los nominados artistas. Fueron los últimos lienzos que pintó el *Domenichino*. Acabósele la vida y no tuvo tiempo de ejecutar el sexto. Fué encomendado al justamente celebrado *Rivera*. Una Gloria que debía adornar la cúpula, tampoco fué terminada por aquel maestro. Encargóse á *Lanfranc* que la completase; pero éste, no atreviéndose á poner el pincel en donde había trabajado el *Domenichino*, hizo borrar lo que existía y la pintó de nuevo.

En la descripción de los edificios y monumentos de Nápoles no hemos podido seguir un orden metódico; los vamos describiendo según los fuimos visitando en nuestras cotidianas excursiones por la ciudad. Hemos procurado, sin embargo, dar la preferencia á las iglesias, porque estas son lo pri-

mero que debe visitar el viajero cristiano. Si hemos intercalado algunos otros edificios, es porque tropezando con ellos á nuestro paso, no podíamos seguir adelante sin detenernos á visitarlos. Aun cuando recorrimos otras muchas iglesias fuera de las que llevamos descritas, no daremos cuenta de ellas, porque son menos principales, y además porque haríamos interminable esta relación. De los más notables templos sólo nos falta dar alguna idea del de San Martín en la antigua cartuja de este nombre.

Atravesábamos la plaza de San Fernando, vacilábamos, con la guía en la mano, sobre la dirección que debíamos tomar, cuando uno de tantos cocheros, detuvo su carruaje delante de nosotros, diciéndonos:—¿Quiere usted que le lleve á San Martín?—Yo deseo ir á San Telmo.—Cabalmente se halla junto á San Martín; suba usted y visitará los dos edificios, repuso el cobero. Sin vacilar subimos al coche. Después de recorrer la vía Roma, pasando por la Plaza del Dante, en la cual se halla un soberbio monumento dedicado al gran poeta, continuamos por la calle *Conte della Cerra* y siguiendo por la *Strada San Gerónimo*, principiamos á subir por una suave pendiente atravesando el pequeño arrabal de *San Genarello* y avanzando por la *Strada Torrione di S. Martino*, llegamos á la célebre Cartuja, cuyo aspecto exterior es más bien el de un castillo que de monasterio. Habíamoslo tomado por San Telmo, que se halla á la espalda. El cobero nos sacó del error deteniéndose á la entrada y diciéndonos:

—Aquí está San Martín.

Encantadora es la posición de este edificio, porque edificado sobre una elevada colina, deja ver casi en toda su extensión el bellissimo panorama de Nápoles y sus alrededores.

La Cartuja fué fundada en 1325 por Carlos, duque de Calabria, hijo de Roberto de Anjou, sobre el sitio en que estuvo edificada una casa de recreo de los antiguos reyes. De la primitiva iglesia y convento nada queda: lo que hoy se ve, data del siglo XVII y se debió á la energía y constancia de *Saverio Turboli*, prior de los religiosos de la orden de San Bruno, que gastó allí considerables sumas. Es sin duda una de

las cartujas más bellas de Italia por su construcción, por su situación, y por las magníficas obras de arte que allí se conservan. El soberbio claustro fué ocupado en 1800 por los franceses, quienes obligaron á los religiosos á desocuparlo. Cuatro años después lo recobraron y á poco fueron nuevamente arrojados á la calle por los mismos franceses, que transformaron el convento en hospital para inválidos. Hasta 1836 volvieron á tomar los cartujos posesión de su casa y permanecieron en ella hasta 1866, en que á consecuencia de la supresión de las órdenes monásticas en Italia, la Cartuja fué declarada propiedad del Estado. El Gobierno, es justo decirlo, no permitió que un monumento de la importancia de San Martín corriese la suerte que han tenido tantos otros edificios de que fué despojada la Iglesia, y confió su cuidado á la Dirección del Museo Borbónico, que no sólo ha conservado las preciosidades que guardaba, sino que ha reunido allí otra multitud de objetos curiosos que se relacionan con la historia de Nápoles, formando un pequeño museo digno de ser visitado.

No describiremos uno por uno aquellos objetos; pero haremos mención de los más notables. Armarios é inscripciones que pertenecieron á *Porta Medina*, á *Porta Constantinopoli* y *Castel Nuovo*, una lancha que sirvió para el desembarque de Carlos III en 1735, un magnífico carruaje dorado con pinturas de Solimena, que servía al virrey de Nápoles para presentarse en público el primer día del año, acompañado de los Consejeros municipales cerea del Rey: catorce estandartes religiosos del siglo XVII, con símbolos de la Virgen María, que fueron conducidos en procesión por el pueblo durante la peste que asoló á Nápoles en 1656. Todos estos objetos están colocados en una sala adornada con muy buenos frescos de *Matteis*, que representan á San Bruno arrojando á los endemoniados.

En el antiguo refectorio se muestran diversos relieves de fortalezas del antiguo reino de las Dos Sicilias; San Telmo con la Cartuja, la península de Gaeta con sus fortificaciones superadas por la torre de Orlando, Siracusa, *et cétera*. Al re-

dedor de la sala se ven uniformes militares de los ejércitos de Carlos III, de Fernando II y de Murat.

El pequeño museo instalado en la Cartuja, consta de seis salas, cuyo contenido merece mencionarse siquiera en conjunto. En la primera que vimos á la derecha, se encuentra una curiosa colección de objetos antiguos de iglesia, como misales, grandes libros de coro, vasos y ornamentos sagrados de plata y oro. La reforma en Italia ha sido menos insensata que en otras naciones: no se ha atrevido á mandar al mercado ó á la fundición los ricos utensilios de que despojara á las iglesias suprimidas: ha tributado á las obras de arte el respeto que merecen y las conserva en sus museos. La segunda sala encierra multitud de objetos de distintas clases, que no pueden ser comprendidos en una sola clasificación. En la tercera existe la colección más valiosa acaso de cristales venecianos, y en un armario en el fondo se admiran las bellísimas porcelanas de Sèvres y de Capodimonte, entre las cuales llaman la atención dos hermosísimos vasos que llevan los retratos, el uno de Francisco I y el otro de su esposa la reina Isabel. En la cuarta sala están coleccionadas las famosas lunas antiguas de Venecia. En la quinta se guardan interesantes recuerdos históricos, tales como los trajes á la española de los virreyes y de los decuriones napolitanos en tiempo de los Borbones, el sombrero del famoso Cardenal Ruffo, que el 13 de Junio de 1799 se apoderó de Nápoles, para abatir la República napolitana y restablecer en su lugar el reinado de los Borbones; la armadura que llevaba Alejandro Poerio en 1848 en el asalto de Venecia, en el cual pereció; un vestido del otro Poerio, Carlos, de quien tanto se ocupó el mundo político con motivo de los sucesos de 1848, condenado por sus exaltadas opiniones liberales. La sexta sala encierra una valiosísima colección de porcelanas llamadas *biscuit* de la antigua fábrica de Capodimonte. Las figuras representan asuntos mitológicos, escenas campestres, costumbres napolitanas, etc.

Saliendo del museo se pasa al llamado "Gran Claustro," que está considerado como una de las maravillas del arte, y

fué dirigido en su construcción y ornamentación por el afamado Cosme *Fanzanga*. Los soberbios pórticos de columnas corintias están enriquecidos con un gran número de estatuas de santos en bellísimos mármoles. En el centro hay una especie de cisterna que tiene á un lado el cementerio, cercado con un balaustre de mármoles escogidos superado de cráneos humanos artísticamente esculpidos. Debajo de los pórticos ó corredores, se hallan las celdas de los religiosos. Llama la atención al visitar este magnífico claustro, cómo las órdenes monásticas protegían las artes en tan espléndida escala. Esa comunidad de cartujos de San Martín, los frailes más humildes acaso que antaño hubo entre las familias regulares, los más pobres para vestirse y alimentarse, no hacían escrúpulo en gastar fuertes sumas que ponía á su disposición la caridad cristiana, en fomentar las artes y proteger á los artistas, erigiendo y decorando una iglesia y un monasterio que habían de ser famosos en los siglos venideros. Esos hombres no hacían uso de las pingües limosnas que recibían, para procurar su regalo. Dentro de esos soberbios edificios se hallaban las celdas del pobre cenobita entregado á la contemplación de las cosas del Cielo y á la oración encaminada á pedir á Dios por los que vivían en el mundo entregados al ocio, á la disipación y á los placeres.

Entremos en la iglesia para convencernos del buen empleo que los frailes de San Martín daban á los dineros con que eran socorridos por sus bienhechores. Desde luego se apodera del visitante el asombro y la admiración al ver un conjunto de bellezas de primer orden por doquier que tiende la vista. El altar mayor, de madera, proyectado por Solimena; la balaustrada enriquecida con mármoles, admirable por la delicadeza del dibujo y de la escultura; el pavimento cubierto con riquísimo mosaico también de mármol, obra del cartujo Buenaventura Presti; los festones de mármoles de colores que adornan los arcos de las capillas y los pilares de la nave principal, obra de exquisito gusto y acabada ejecución. Pero lo que verdaderamente sorprende y arrebatá por su elegancia y perfección inimitable, son los doce grandes rosetones azules de

granito egipcio de una sola pieza, engastados en las arcadas de las capillas. No pueden pasarse en silencio los doce apóstoles que se hallan pintados entre las ventanas y la bóveda, que así como la Ascensión que decora esta última, son obra del muy espiritual y correcto *Lanfranc*, de quien ya hemos hecho mención anteriormente. Arriba de la puerta de entrada se adivina la obra maestra de *Stanzioni*, El Descendimiento, destruida casi por el celo de Ribera, que aconsejó á los padres lo lavasen con una agua preparada por él con sustancias corrosivas. Los religiosos llegaron á descubrir el engaño y suplicaron al autor del cuadro que lo restaurase. *Stanzioni* se negó á ello para dejar á los pósteros un recuerdo de la perfidia de su rival. A los lados de esta pintura están Moisés y Elías, obra del *Spagnoletto*, quien pintó además los doce cuadros que cubren las esquinas de los arcos superiores de las capillas y representan efigies de patriarcas y profetas de la Ley antigua. A los lados de la puerta de entrada aparecen dos estatuas de mérito, San Juan y San Zacarías, cinceladas por *Fanzanga* y acabadas de modelar por Antonio *Vaccaro*.

A trueque de parecer minuciosos y difusos en nuestro relato, tenemos que describir cada una de las capillas laterales, porque son objeto de admiración de los visitantes por la riqueza que encierran en mármoles, en pinturas y esculturas y por la gracia y el arte con que todo está ejecutado. Cuatro son las capillas que se hallan situadas de cada lado de la gran nave. La primera de la derecha, viniendo del presbiterio, está dedicada á la Asunción de la Virgen, cuyo asunto fué hábilmente representado por *Francisco de Mura* en un bello cuadro que se ve arriba del altar. Del mismo autor son las pinturas de los lados, la Anunciación y la Visitación. Los frescos de la bóveda, que contienen episodios de la vida de María, salieron del pincel de *G. Caracciolo*. Dos estatuas muy bellas, que simbolizan la Pureza y la Recompensa, fueron cinceladas por *Sammartino*.

Consagrada á San Bruno la capilla que sigue, ostenta pinturas y frescos del afamado *Stanzioni*, entre las cuales la

más notable es el cuadro que representa al Santo Fundador leyendo á sus religiosos las reglas de la Orden. Las dos estatuas que personifican la Soledad y la Penitencia revelan el talento y la habilidad de su autor *Vaccaro*. En los frescos de la bóveda se halla pintada la vida de San Bruno.

Espléndida por las piedras es la tercera capilla destinada al culto de San Genaro. Arriba del altar, decorado artísticamente con preciosos mármoles, se destaca un soberbio bajo-relieve entre dos columnas de verde antiguo. Obra maestra de *Vaccaro*, hace ver á San Genaro arrodillado delante de la Santísima Virgen, á quien está entregando, por mano de los ángeles, las llaves de la ciudad de Nápoles. Cuatro bustos de los evangelistas y dos estatuas de la Fe y el Martirio, ejecutadas con maestría por el mismo escultor, se agrupan á los lados del altar, completando el admirable conjunto de belleza que admiran los inteligentes. Dos pinturas de *Caracciolo* muestran dos episodios del martirio del Santo en las paredes laterales, y en la bóveda su vida es el asunto que desempeñó hábilmente *Belizario Corencio*.

En el peristilo de entrada está la cuarta capilla, nombrada de San José. La paredes cubiertas de estuco ostentan cinco muy buenos cuadros sobre algunos pasajes de la vida del Santo, que, así como los frescos del techo, son originales de *Paolo de Matteis*.

Del lado izquierdo, en frente de la anterior, está situada la capilla de San Martín. El cuadro del altar representa al patrono de la cartuja en traje de obispo. Admirable obra del eminente artista *Annibal Carracci*, conocido más comunmente por *Caraccio*, este cuadro bastaría para hacer célebre el monumental edificio levantado por los hijos de San Bruno. Acompañan al cuadro dos magníficas estatuas de la Caridad y la Constancia y cuatro grupos de ángeles ejecutados por el renombrado *Sammartino*. Las otras pinturas son de Solimena y los frescos de *Finoglia*.

A esta capilla sigue la de San Juan Bautista, en la cual el cuadro del Precursor, tiene de notable haber sido pintado por *Carlos Maratta* á la edad de 85 años. Las estatuas late-

rales, que personifican la Gracia y la Providencia, se deben al cincel de *Vaccaro* y las pinturas y frescos al pincel de *Paolo de Matteis*.

La inmediata, llamada de San Hugo, está enriquecida con una buena pintura de *Stanzioni* en el altar y á los lados del mismo dos pequeños cuadros de *Miguel Angel*. Hay también una Cena de *Ribera*. Las restantes pinturas y frescos son de *Vaccaro*, de *Botiglieri* y de *Corenzio*.

El propio *Vaccaro* y *Caracciolo* se encargaron de embellecer con obras de sus celebrados pinceles la Capilla del Santo Rosario, que está contigua al presbiterio en el lado izquierdo.

Es necesario detenernos en la sacristía y allí admirar primeramente los armarios decorados con hermosos mosaicos de madera, ejecutados por el artista flamenco *Arrigo Utrech* en 1598, los frescos de la bóveda que se atribuyen al caballero *d'Arpino*, un San Pedro negando á su Maestro por *Caravaggio*, y la escalera, obra arquitectónica de *Vasari*.

De la sacristía pasamos á la capilla del Tesoro, en donde se guardaban los objetos de oro y plata. Es admirable el altar por las ricas piedras que lo adornan, pero mucho más por el célebre cuadro del Descendimiento, original de *Ribera*, obra incomparable ejecutada en un concurso en el cual se disputaron el premio el *Spagnoletto* y *Stanzioni*, habiendo obtenido el triunfo el primero. Los que han visto el Descendimiento de Rubens vacilan en calificar cuál de los dos tiene mayor mérito artístico. La animación y el relieve de las figuras son las dos cualidades que más admiran los inteligentes en el cuadro de *Ribera*.

No se puede salir de la iglesia de San Martín antes de haber visitado el coro de los religiosos. Decorado en sus paredes y bóveda con bellísimos frescos del caballero *d'Arpino*, ostenta un Crucifijo de incomparable expresión, obra de *Lanfranc*, una Natividad del admirable *Giüido Reni*, cuadro que la muerte del autor dejó sin concluir, la Comunión de los Apóstoles, por *Ribera*, pintura muy estimada, el Lavatorio de los pies, de *Caracciolo*, composición bellísima, la Institu-

ción de la Eucaristía, por *Pablo el Veronés*, y dos magníficas estatuas, la Pureza, obra de *Presti*, y la Obediencia, del renombrado *Bernini*. El facistol, por último, es una maravilla de arte, soberbiamente tallado por el cartujo *Presti*.

Apenas puede concebirse que una orden mendicante como eran los Cartujos de San Martín, á fuerza de energía y de constancia y sin otro elemento que la munificencia de los devotos, pudiese llevar á cabo tan costosas y admirables obras como encierran la iglesia y el monasterio, que á grandes rasgos acabamos de describir. ¡Felices tiempos aquellos en que las limosnas de los fieles eran tan abundantes y sabían emplearse de una manera tan maravillosa!

Saliendo de la Cartuja nos dirigimos al antiguo castillo vulgarmente llamado de San Telmo, que en su origen fué conocido por de San Erasmo, y lo construyó en 1345 *Giaco-mo de Sanctis* bajo el reinado de Roberto el Sabio; habiendo sido ensanchado considerablemente en tiempo de Fernando I de Aragón en el año 1458. Sus enormes murallas y sus profundos fosos, así como sus extensas galerías subterráneas que se asegura estuvieron comunicadas con el Palacio Real, hacían del castillo en aquel tiempo una fortaleza inexpugnable. Hoy está bastante deteriorado y se ha convertido en prisión militar, habiéndose sacado la artillería y todo el material de guerra que guardaba. Dícese que el gobierno italiano trata de armarlo nuevamente. Desarmado como está sin embargo y á pesar del deterioro que ha sufrido, su aspecto es muy imponente: es un verdadero castillo de la Edad media.